

PRELUDIO

Este texto nace del deseo de responder a algunas de las dudas que surgen dentro del entorno antiautoritario cuando se da una agresión de género. De querer avanzar y reabrir un debate en los espacios afines que nos haga cuestionar nuestros posicionamientos y actitudes. De elaborar unas reflexiones de las que quede constancia y así poder evitar tener que explicarlo todo hasta la saciedad o tener que iniciar el trabajo cada vez desde la nada.

Es una mezcla inevitable de mis vivencias políticas y personales, que han estado influenciadas por multitud de visiones y dentro de las cuales me he visto en contradicción constante. No soy académica ni pretendo serlo. Se me socializó como mujer y tardé tiempo en entender qué significaba eso sobre mi cuerpo y mi cotidiano. Más adelante, fueron las derivas de mis relaciones normativas, la búsqueda de mi propia identidad y la participación en grupos mixtos y no-mixtos las que me ayudaron a descubrir el transfeminismo.

Sé que se ha escrito muchas veces sobre este tema, pero no quería inhibir mis ganas de tratarlo por parecer pesada o aburrida. Creo que si necesitamos escribir, hagámoslo. Así empecé hace un año fruto del poso que dejó en mi la gestión colectiva de una agresión y de todos los debates con mis compañeras sobre ello. También del río incesante de comunicados dentro del entorno antiautoritario de personas con las que tengo o he tenido una relación personal y de la dificultad de decidir cómo iba a seguir tratándolas (o si lo iba a hacer) siendo conocedora de sus actitudes.

He escrito pensando especialmente en las compas no feministas (o antifeministas), porque empatizo y reconozco que a mi también me ha costado mucho entender algunas cosas. No pretendo por ello que esto se vea como una biblia para abordar agresiones. Nadie puede (ni debería) establecer una respuesta universal sobre cómo tratarlas. Todo lo aquí expuesto desea contribuir a construir algo mejor y quiere (y necesita) ser discutido, engordado y criticado.

Reconozco mi miedo a equivocarme, a ser rechazada, juzgada, a no ser correcta, técnica... pero también sé que, y en dedicación a las compas que siguen posicionándose ante las agresiones, las únicas que nunca se equivocan son las que no lo intentan.

¡Va por vosotras!

A.

Santurtzi, Octubre 2014.

NOSOTRAS¹

Antifeminismo en los espacios liberados

Haciendo una radiografía de nuestros espacios nos encontramos con un antifeminismo ferviente no reconocido, una mezcla entre un feminismo de la “igualdad” incrustado y la creencia de que el gueto se salva de las actitudes de mierda que se reproducen fuera de él. Se cree estúpidamente que por negar la existencia de la opresión patriarcal y los roles de género se consigue que desaparezcan. Se desconoce qué feminismos hay (meterlo todo en el mismo saco) y se lo asocia de forma recurrente con el feminismo de estado. Además, se lo somete a una crítica severa, cosa que no ocurre con tanta frecuencia con otros frentes políticos. Ese es uno de los logros patriarcales dentro de los movimientos sociales: conseguir caricaturizar y aislar a las compañeras feministas. Las luchas se pueden criticar hasta destruirlas o transformarlas a través de la autocrítica, todo depende de que es lo que se pretenda en el fondo: buscar herramientas para resistir al patriarcado o querer escudarlo.

La palabra de un hombre² sigue contando más que la palabra de una mujer, a no ser que esta mujer se haya ganado a pulso el estatus necesario para ser escuchada como igual. La competitividad entre mujeres, los celos, el baboseo, la división del trabajo manual e intelectual, el dirigismo de los hombres, la homofobia, la transfobia... son actitudes presentes también en los entornos políticos, y son patriarcales.

ATAQUE

¿Qué entendemos nosotras por agresión de género?

Una agresión de género es un ataque respaldado en la supremacía del rol masculino contra la autonomía e integridad moral, emocional, física y/o sexual de otra persona (mujer, homosexual, trans o varón); aunque se produce principalmente de los hombres hacia las mujeres debido a la

1.- He escrito en plural porque creo que las reflexiones aquí vertidas trascienden mi persona y provienen de un bagaje colectivo. Asimismo, usaré el femenino genérico para referirme a “personas”, que no a mujeres.

2.- Cuando mencione a mujeres y a hombres, no lo haré en defensa de los sexos ni del género, si no porque vivimos en un rol que nos condiciona socialmente.

imposición social de la familia y de la heterosexualidad³. Se diferencian del resto de agresiones por el uso del sistema género -y no otro elemento de poder, como podría ser la raza- como herramienta de dominación.

¿Cómo se puede identificar a un agresor?

Los medios de comunicación construyen un imaginario colectivo en torno a los agresores que, en vez de favorecernos, obstaculiza nuestra labor para discernir el peligro, invisibiliza las agresiones y nos mantiene en un miedo constante. Lo cierto es que los agresores no tienen un perfil concreto y eso provoca que sea imposible reconocerlos a rasgos generales. Un agresor puede ser cualquiera.

Las agresiones no suceden necesariamente con personas extrañas y en lugares apartados y oscuros, si no sobretodo entre nosotras y nuestras amigas, con personas conocidas, pareja, familiares, vecinas; y en espacios de intimidad, de nuestra cotidianidad, en casa, en el trabajo, en la calle.

La figura del agresor suelen encarnarla hombres que se creen legitimados a ejercer la violencia sobre otras y a imponerles sus decisiones a través de la fuerza. Pero esa forma de concebir el cuerpo, la voluntad y la vida ajenas no tiene porque ser siempre consciente. Pocas personas admiten que están a favor de tratar a una mujer distinto, y menos de agredirla, pero muchas de ellas reproducen el machismo en su día a día y llegan a hacerlo. Por lo tanto, no hablamos necesariamente de personas que maltraten, violen o acosen *de forma voluntaria*, si no, simplemente, de personas *que lo hacen*, sean cuales sean sus motivos y los reconozcan o no. Alguien que agrede no lo hace como un error dentro de su conducta, si no como una continuación de su perspectiva de género opresora. Ni la inestabilidad emocional, ni un mal momento, ni la agresividad puntual, ni el consumo de drogas son los causantes de una agresión de género, si no meros detonantes.

“¡Pero ellas también agreden!” Es cierto que hay mujeres que asumen roles dominantes y que cometen agresiones. Pero en muchas ocasiones se utilizan estos casos -que no son ni la ínfima parte- para llevar los motivos del ataque al plano personal, pretendiendo evidenciar que “estos incidentes” ocurren tanto a hombres como a mujeres y obviando que existe una opresión estructural que socialmente otorga privilegios al hombre. Una mujer, por mucho que adquiera ciertas aptitudes de un rol masculino, nunca deja de ser una mujer de cara a la sociedad. Eso quiere decir que aunque pueda llegar a

3.- Por esta razón, en general ejemplificaré a través del hombre la figura del agresor y a través de la mujer la figura de la agredida, que no víctima (para evitar paternalismos).

estar en una posición de poder en las relaciones de proximidad, seguirá sufriendo la misma discriminación que las demás: le pagarán menos por el mismo trabajo, se creerán con el derecho de acosarla sexualmente, de ningunearla, etc. Por lo tanto, puesto que una mujer, por el mero hecho de serlo, nunca va a gozar de la legitimidad social de un hombre, esa “opresión al revés” no existe. No se trata de negar su conducta agresora por su doble papel de oprimidas y opresoras, si no de evitar que esas situaciones sirvan para justificar las agresiones machistas.

¿Qué determina la gravedad de las agresiones?

Las agresiones están influenciadas por muchos factores y eso hace prácticamente imposible que se puedan clasificar según su gravedad. A veces parece que con identificar el foco del ataque (psicológico, físico, sexual...) es suficiente, pero nos equivocaremos si no tenemos en cuenta otras cosas como la simultaneidad de los focos, la intensidad, los tiempos, etc. Por ejemplo, si alguien te toca el culo o los pechos sin consentimiento es una agresión sexual, pero puede darse en un momento concreto y no trascender; por otro lado, puedes vivir inmersa en el machaque emocional en una relación de pareja durante años, que sería una agresión psicológica, y ser chantajeada a mantener relaciones sexuales pese a que no te apetezca, que también es una agresión sexual aunque menos visible; tampoco es lo mismo que tu marido te de una colleja, a que te de una paliza y acabes en el hospital, aunque ambos sean violencia física.

RESPUESTA

¿Qué condiciona la autodefensa?

Como hemos comentado con anterioridad, hay muchos tipos de agresiones y muchas de ellas están normalizadas, incrustadas en nuestros roles y en nuestro cotidiano. Eso implica, por una parte, que sea casi imposible responder a todas ellas -por no saber reconocerlas, por justificarlas o por no dar abasto- y, por otra, que las respuestas que se den se cuestionen más.

Al margen de las formas de resistencia de la persona agredida, hay muchos factores que pueden influenciar en cómo articular una defensa.

El grado de conciencia respecto a las actitudes que tenemos y a las

agresiones que podemos sufrir, además del estado de conciencia, es decir, si cuando se producen estamos o no bajo la influencia de las drogas, dormidas, etc. La posibilidad de comunicación con la otra, que dependerá de que haya contacto visual o no, de la intromisión de ruido, de la voluntad de escuchar a la otra, etc. El tiempo de reacción, ya el ataque puede pillarnos por sorpresa, que no nos sintamos con la misma legitimidad respondiendo al momento que premeditadamente, etc. El estado de ánimo, puesto que no siempre nos sentimos con las mismas fuerzas para enfrentarnos a una situación desagradable/violenta. El vínculo con esa(s) persona(s), porque por lo general no nos importa tener actitudes destructivas con un desconocido, pero creemos (y se nos obliga a) que con los compañeros sea reparativa. El espacio donde nos encontramos y la seguridad que éste nos proporciona, las vías de salida, la visibilidad de la respuesta, etc. La imagen que se tiene de nosotras y de la otra persona, es decir, cómo va a reaccionar el entorno ante nuestra respuesta y si tenemos posibilidades de pedir socorro. El miedo a la respuesta, al dolor físico, a que se endurezca la agresión o al chantaje emocional. La fortaleza emocional y física de ambas, es decir, si podremos enfrentarnos a la otra parte y, por lo menos, no salir peor paradas. La posible gestión individual y/o colectiva: que otras puedan estar dispuestas a dar la cara por nosotras en el momento, en el proceso posterior y en visibilizar la agresión. Una infinidad de situaciones que suponen una infinidad de resoluciones posibles.

¿Cómo reaccionar y defendernos de una agresión?

Antes de empezar, decir que pese a que nada puede evitar el riesgo de ser agredidas, cuantas más cosas tengamos en cuenta y de más herramientas dispongamos, más a salvo estaremos.

Si en algún momento no nos sentimos fuertes para enfrentar la situación, no pasa nada, no nos vengamos abajo por ello. Lo importante es que estemos seguras. Entonces, si lo consideramos necesario podemos irnos de la zona de peligro o buscar un espacio y gente con la que nos sintamos a gusto y a quienes podamos comunicarles nuestra situación. Eso sí, en el caso de que una agresión ponga en peligro nuestra integridad física debemos enfrentarnos o escapar, no quedarnos paralizadas.

Hagamos caso de nuestra intuición sin subestimarnos. Si un hombre muestra voluntad de incomodarnos y/o no nos transmite buenas vibraciones, reaccionemos. Podemos asegurarnos de sus intenciones o alejarnos, lo que consideremos mejor. Aunque no estemos en lo cierto, si no confiamos, vale

más prevenir que curar. No nos sintamos egoístas por preocuparnos más por nuestra integridad que por si la otra persona puede sentirse desplazada u ofendida. Tenemos todo el derecho a ponernos en guardia. Si persiste en la idea de molestarnos y no queremos ser nosotras las que nos desplazemos, comuniquémosle nuestro desacuerdo/enfado de la forma que consideremos más oportuna. Después del primer aviso, no habrá excusa que le valga. Si consideramos que debe abandonar los espacios que estamos compartiendo, podemos encargarnos de echarle nosotras mismas o pedir ayuda para hacerlo. Si aún así no nos deja en paz, podemos intentar ingeniárnoslas para darle una respuesta más contundente.

No tenemos nada que perder en defendernos violentamente. Articulamos la defensa, ante todo, para salvaguardar nuestra integridad con dignidad y ese es el mínimo del que se debe partir, el mínimo proporcional. Esto no implica solamente nuestro físico, si no también cómo se nos concibe en el imaginario, es decir, qué se espera de nosotras. De ahí viene la crítica a las respuestas violentas, de romper con el rol de sumisión, de cuidado y de diálogo, con la presunción de que por mucha violencia que suframos (que no tiene por que ser física o sexual) no vamos a responder a ella violentamente. El monopolio de la violencia por parte de los hombres es un mecanismo de subordinación que sirve para reproducir y mantener la dominación masculina, por eso a las mujeres siempre se nos ha apartado del aprendizaje y del uso de la violencia física. Atrevámonos a romperlo y aprendamos técnicas para enfrentar a los agresores.

Si hemos sufrido una agresión con secuelas físicas/sexuales y tenemos intención de ir al médico no debemos cambiarnos de ropa ni limpiarnos, y que sepamos que la médico tiene la obligación de interponer una denuncia por agresión. Si no queremos tramitar la agresión por lo legal, lo mejor es que evitemos pisar la consulta o nos inventemos una excusa si necesitamos ser atendidas.

En el caso en que la agresión sea continuada en el tiempo hay que buscar otras maneras de enfrentarse a ella. Es importante sacar del ámbito privado las relaciones, especialmente las relaciones de abuso. Si algunos comentarios o actitudes de la otra persona no nos parecen apropiados, hagamos caso de nuestra intuición. Una herramienta para comprobarlo es comentarlo con otras personas ajenas a la relación, a ver si lo ven de la misma manera. Se pueden establecer contraseñas con familiares, amigas y/o vecinas, para que puedan ayudarnos en situaciones de emergencia, trasladarnos a otro lugar por un tiempo, hacerse cargo de las crías -si las tenemos-, avisar a una ambulancia, a terceras personas, etc. Si vivimos una situación de maltrato

continuado es muy probable que acabe en la vía judicial, por lo que es importante que guardemos las pruebas de la violencia que se ha ejercido sobre nosotras (tanto de la física y/o sexual, como de la psicológica) para poder defendernos. Busquemos a una abogada y testigos si se da ese proceso. No tengamos vergüenza de pedir apoyo a nuestro entorno para enfrentar las situaciones, tanto cuando estemos dentro de la relación como en el proceso posterior. Sentirnos arrojadas nos va a ayudar a vivir el cambio con mayor entereza y a no sucumbir con tanta facilidad a los chantajes o amenazas de la otra parte. Si realmente creemos que nuestra integridad está en peligro, y el grupo de apoyo no nos parece suficiente, está en nuestras manos pedir medidas legales para salvaguardarla. Mientras el colectivo no pueda proporcionar ese espacio de seguridad, no dejemos que se nos juzgue por nuestra decisión de usar esos medios.

Los procesos de reflexión posteriores a reconocer y enfrentarnos a una agresión muchas veces nos hacen sentir vergüenza y culpa por haber soportado una situación así. No dejemos que nadie acreciente ese sentimiento con reproches o lecciones. Aprendamos a desprendernos de las actitudes que nos han llevado a la parálisis y a la sumisión y dejemos de atribuirnos la responsabilidad del daño que nos han causado.

¿Cómo posicionarnos ante una agresión?

Hay algunas cuestiones importantes a la hora de posicionarse. Debemos saber diferenciar entre nuestra opinión y la opinión de la persona agredida, no obstaculizar su respuesta -tampoco intentar mejorarla- y no arrebatarle su capacidad para defenderse y para decidir libremente cómo desea gestionarla. Las personas que viven una agresión no necesitan iluminadas, moderadoras, ni salvadoras. Tienen opinión propia y pueden defenderse por sí mismas. Por mucho que pienses que puedes estar representando su voluntad, su voluntad sólo la conoce ella. Dar cosas por hecho o juzgar las situaciones desde fuera es algo peligroso, así que cuidado con lo que se dice. Estos límites no impiden que establezcamos un diálogo con ellas, que les ofrezcamos apoyo o les demos nuestra opinión, simplemente significa que no decidamos ni hablemos por ellas -a no ser que nos lo pidan. Si piensas que una persona está en situación de agresión, primero acércate y pregúntale. Respeta que prefiera que no intervengas. Si opinas hazlo sobre lo que conoces de primera mano o has vivido, no juegues a ser una intérprete de relaciones. Comunica al agresor que no te gusta lo que hace, visibiliza y no toleres ciertas actitudes en tu entorno.

Hay razones por las que nos cuesta posicionarnos ante una agresión. Algunas veces, por miedo a ser señaladas en un futuro como agresoras justificamos sus actitudes. Escudamos sus privilegios en cuanto son atacados, en vez de exigir que renuncie a ellos. En otras ocasiones no nos posicionamos para evitar malos rollos y enfrentamientos, obviando que no intervenir hace que ese enfrentamiento (la agresión) siga presente y que las faltas de apoyo pueden provocar pérdidas de confianza y ruptura de vínculos. Algunas también lo llaman posicionarse de forma neutral. Aclaremos que eso es imposible. Si escudas los privilegios te estás posicionando. Si callas ante un abuso lo permites... Puede ser que las circunstancias no den la posibilidad de ver qué ha ocurrido con claridad (aunque muchas veces lo que pasa es que no queremos verlo por las repercusiones que eso tiene), si es así, por lo menos debemos posicionarnos respecto a las actitudes agresoras. También dejamos de posicionarnos por creer que las relaciones forman parte de un terreno privado en el que no nos debemos entrometer. Esa eterna división entre lo público y lo privado da cobijo a los agresores para hacer lo que les plazca sin tener que dar explicaciones y evita que las agredidas puedan hablar de lo que están viviendo. Otra de las barreras más comunes es el no saber discernir entre una agresión y que estén acusando a alguien de violador en serie. Una agresión de género es cualquier acto contra la voluntad de una persona, que ignora su consentimiento, en una relación de poder basada en los roles de género, es decir, no hace falta ser un “monstruo” para ser un agresor.

No podemos relativizar todas las agresiones, negándonos a llamarlas por su nombre, porque no hayan sido lo suficientemente violentas, duraderas o sangrantes. Las ambigüedades que mostramos en nuestros posicionamientos reflejan el hecho de que no abordamos debidamente el tema de la represión y la gestión de conflictos en nuestros espacios. Todo nos parece desproporcionado porque no hay nada que consideremos proporcionado. Los castigos, el destierro, los gulags y las cárceles son cosas abominables, pero tampoco aportamos otras herramientas que puedan poner freno a las actitudes de las personas que nos parece que no tienen cabida.

¿Cómo apoyar a la agredida?

Lo primero que se puede hacer para apoyar a una agredida es entrar en contacto con ella (o su entorno) y ofrecer tu respaldo y ayuda. Es muy importante tener en cuenta los ritmos de cada una. Si la persona decide comunicarte cómo se siente, qué es lo que quiere, o en términos generales, hacerte partícipe de su proceso, te lo hará saber. No la avasalles a preguntas incómodas o que puedan ser dolorosas, ella marcará los tiempos para

exteriorizar lo que quiera, lo fundamental es que estemos presentes y que cuente con que puede pedirnos lo que necesite.

Si se da el caso de que la persona agredida decide explicar lo sucedido, tanto personalmente como en colectivo, hay que respetar muchísimo su momento, tener una escucha activa y cerciorarse de cómo se está sintiendo (fijarse en la expresión corporal). Si tienes la cercanía y la necesidad de mostrarle apoyo físico (tocándola, acariciándola, abrazándola, etc.), puedes hacerlo, pero muy progresivamente y estando atenta a su respuesta corporal. Si ves que la situación de explicar la agresión la desborda, comunícale que no es necesario que lo haga si no quiere, ese es un proceso para favorecerla a ella y no para saciar las ganas de conocer del resto. Nunca hables con otra gente de la agresión, de sus sentimientos o de las posibles respuestas sin su previo consentimiento.

No cuestiones la declaración de una persona en el momento de destapar una agresión (pidiendo pruebas, no dando validez a su palabra, relativizando la opresión de género), podrías estar haciendo el juego al agresor. Habitualmente se expone a las agredidas a un juicio innecesario y dañino. Con esas actitudes el espacio deja de centrarse en ellas para centrarse en el agresor y se utilizan las respuestas a la agresión como puntos en favor del agresor (por ej.: “la actitud de ella era desproporcionada”, “el comunicado no me gusta”, “no parece que esté tan jodida”, etc.). Hay que interesarse en saber cuál es la versión de ambas partes, pero esforzarse asimismo en reconocer qué privilegios escudamos con nuestros posicionamientos.

Cada agresión debe tratarse de forma individualizada, ya que, al margen de cómo se haya dado, es muy importante tener en cuenta la vivencia y la reacción de la persona agredida. Dos personas pueden experimentar de formas muy distintas la misma situación, por ejemplo, el acoso sexual de un compañero puede molestarte, enfadarte o llegar a provocarte un ataque de ansiedad. “Una agresión es cuando me siento agredida”, cada una en cada momento establece los límites de lo que esta dispuesta o no a consentir. Nuestra opinión puede ayudar a visibilizar los abusos, pero la última palabra siempre la tiene la agredida. Asimismo, es un error no comunicar una relación de abuso por considerar que la compañera ya es suficientemente autónoma o feminista para reconocerla. No olvidemos que todas podemos cegarnos y equivocarnos a veces y, que en el fondo, todas hemos sido educadas bajo estos patrones y vivimos inmersas en el patriarcado.

Habrá que respetar que la persona agredida pida no compartir espacio con el agresor. Es una decisión que va en detrimento de la “libertad de movimiento” del sujeto en cuestión, pero también va en contra de la

integridad de ella tener que convivir con él. Y es que muchas veces se critica a las agredidas por no ser lo suficientemente asertivas con los chavales, con sus “problemas emocionales”. Cuando se viven ciertas situaciones es francamente difícil ser dialogante y no sentirse violentada y a la defensiva en presencia de alguien que ha agredido. Lo prioritario debería ser que las agredidas tengan sus espacios y se ocupen de cuidarse y sentirse seguras, no de las demás. Lo que estén dispuestas a soportar es algo que sólo ellas pueden decidir y que no se les puede imponer. Si quieren acompañar el proceso del agresor, lo harán, pero en el caso de que no quieran, no lo harán ni tendrán la obligación de hacerlo. Eso sí, es importante no entender ese bloqueo como algo permanente para poder dar la oportunidad a los agresores de volver cuando hayan tomado consciencia de sus actitudes y las hayan trabajado.

¿Qué hacer con el agresor?

Si sabes que una persona ha agredido, o se comenta que ha agredido, es importante conocer su versión de primera mano. Eso no implica que vayamos a hablar con él predispuestas al enfrentamiento o al perdón. Lo que suele ocurrir es que evitamos chocar con las personas a las que conocemos, pero es importante que enfrentemos esa situación para no escudar al agresor en detrimento de la agredida. No tenemos que defender a una persona por muy cercana que sea cuando tiene actitudes despreciables, aunque sea anarquista. El hecho de “tener” una ideología no debería flexibilizar nuestra postura hacia la violencia de género. Especialmente, es necesario romper la solidaridad masculina con los tíos que agreden. Aunque también hay mujeres que defienden más férreamente a los agresores que los mismos hombres (una demostración de lo insertado que está el patriarcado).

Cuando hablemos con él, sea en colectivo o en privado, no tenemos porque presuponer que ha agredido, simplemente preguntarle por la situación. En el desarrollo de la respuesta quizás se dejen entrever las justificaciones, cómo se ha tratado el consenso, estado de conciencia, etc. En las ocasiones en las que ellos no sean conscientes de lo que han generado, probablemente admitirán la agresión sin ponerle ese nombre. De todos modos, ignorar cómo se ha obrado, es decir, no tener debidamente en cuenta el consentimiento, no exime de responsabilidad. En otras ocasiones, puede ser que la mezcla entre las dos versiones quede ambigua o que no cuadre. En esos casos es importante ser conscientes de que los roles de dominación son intrínsecos a una y no sólo forman parte del momento de la agresión. La misma persona puede estar usando su poder para manipular su versión o hacerte creer que la agredida miente. También hay que atender el contexto que condiciona a ambas

personas (lo que antes he desarrollado como *factores que influyen la defensa*) para poder entender mejor la situación. Si tenemos la posibilidad es muy enriquecedor contrastar versiones con terceras personas para resolver lo que no encaja, preguntar a otras que hayan vivido la agresión, etc. También existe la posibilidad de que el agresor no sea tal, y ahí habría que mirar qué conflicto ha generado esa mentira.

Señalar a alguien como agresor públicamente es una acusación muy grave, así que nunca debe hacerse a la ligera. Las personas que lo usen para provocar una situación de poder sobre otra (chantaje o desprestigio de alguien) deberían ser expulsadas directamente de nuestros espacios. No dejemos que estas situaciones nos hagan poner en duda los casos de denuncia por norma.

Desde una lógica reparativa, es importante dejar espacio al agresor para que admita sus actitudes y así poder desarrollar un trabajo político de reconocimiento y superación de éstas. Hay que ser conscientes de que lo que se ha alimentado en veinte años no desaparece en dos y que habrá que tener cuidado para que las agresiones no se repitan. En el caso de que el agresor no reconozca su rol evitemos caer en paternalismos. Sólo cuando ellos lo decidan, no nosotras, van a poder superar esas actitudes.

Con esto llegamos al tema espinoso de qué hacer con los agresores que no quieren dejar de serlo. Porque en la teoría es muy fácil, pero en la práctica los vínculos afectivos perdonan muchas cosas. Esas personas que demuestran que la opresión que ejercen les da igual, que tienen actitud despectiva hacia nosotras, que nos tachan de “nazis”, personas que simple y llanamente pasan de mirarse hacia dentro porque están en una postura de comodidad. Desde la perspectiva de lo político es personal y lo personal es político, creemos que las que no están dispuestas a cambiar sus actitudes no tienen cabida en nuestros espacios ni en nuestras vidas. La expulsión de un entorno afectivo es un proceso de aprendizaje drástico y, muchas veces, también efectivo. No hay que seguir permitiendo los abusos hacia nosotras. Un hombre que no tiene ni la más mínima intención de liberarse del patriarcado es nuestro enemigo.

ESTRATEGIA

¿Cómo socializar una agresión?

Además del diálogo, los grupos de apoyo, la mediación, las respuestas más o menos violentas a una agresión, etc. hay un tema que queda por abordar, que es la socialización de la agresión. Esta cuestión proviene de un instinto tan básico como intentar evitar que ninguna otra persona por estar desinformada se vea sometida a los abusos de ese hombre en concreto. Eso no quiere decir que todas las personas consideren necesario socializarla, esa decisión dependerá de cada una. Comunicar la situación entre personas que se conocen no es fácil, agota tener que repetir una vivencia (más o menos traumática) hasta la saciedad, además de tener que exponerte a los juicios de las demás. Peor aún cuando se trata de un círculo más amplio (por ej. un espectro político concreto).

Una de las herramientas más comunes para socializar una agresión a “gran escala” es el comunicado. Ese comunicado es un escrito que puede incluir una narración completa de lo sucedido, o simplemente, lo que las agredidas consideren oportuno explicar para prevenir futuras agresiones y -en algunos casos- pedir apoyo y posicionamientos colectivos. Es interesante que el contenido no gire sólo en torno al agresor y a la situación de la agresión en sí, si no que ayude a colectivizar herramientas para responder ante las agresiones, para que se de una acumulación de experiencias que nos permita superar estas situaciones cada vez mejor. Los comunicados no deberían tener un papel mediador, si no informativo. Algunas personas piensan que es la herramienta a través de la cual se pretende resolver el problema y que se realiza bajo una posición de comodidad por parte de las agredidas. Eso no es (o no debería ser) así. Normalmente se abordan muchas cuestiones antes de hacer un comunicado (responder a la agresión, hacer conocer al agresor de sus actitudes, conocer su posicionamiento frente a lo sucedido, ver las vías de resolución, etc.), que sirven para valorar la situación y ver cómo dar apoyo a la agredida; escribir un comunicado es uno de los últimos pasos, que acompaña al trabajo psicológico de la agredida y/o del agresor (si es que quiere hacerlo). Por desgracia, la difusión del comunicado muchas veces más bien lleva al aislamiento de la persona agredida y su entorno.

El hecho de que esta sea la herramienta más usada no implica que sea la única, así que podemos buscar otras que se ajusten mejor a nuestras necesidades.

¿Qué es y para qué sirve un espacio no-mixto?

Ante esta situación algunas decidimos formar espacios de afinidad no-mixtos, es decir, sólo de mujeres, lesbianas y trans. Trabajando desde nuestra identidad de “oprimidas” cómo sujeto político. Eso significa que como (lo queramos o no) se abusa de nosotras por nuestra socialización y nuestra condición física es desde esa posición desde la que nos defendemos. No pretendemos con eso justificar un género que perpetua nuestra opresión, si no compartir situaciones de nuestra cotidianidad con otras que tienen las mismas vivencias para combatir el orden patriarcal. Algunas personas consideran que no tiene sentido que nos juntemos de forma no-mixta en espacios liberados, puesto que allí se construyen relaciones de horizontalidad. Quien crea eso se está mintiendo a sí misma. Afirmar que somos “iguales” a los hombres (o a los hombres anarquistas) es falso. Ya sabemos que a muchos les duele sentirse desplazados de esos espacios, pero tendrán que empezar a aceptar que no pueden estar en todas partes, saberlo y controlarlo todo, y dejar de vivirlo como una ofensa personal. Necesitamos partir de donde estamos (socialización mujer/hombre) para avanzar a otras posiciones más justas (no definirnos en base al género, que es una categoría excluyente y opresora). Los grupos sólo para mujeres, lesbianas y trans (no-mixtos) atienden a esta situación y nos permiten generar respuestas y reconocer actitudes sin que haya hombres que intervengan. Son muy adecuados para aprender autodefensa psicológica y física. Son espacios de seguridad y no de juicio (o no deberían serlo).

Al igual que nosotras, los hombres también pueden reunirse de forma no-mixta, creando entre ellos un espacio en el que trabajarse sus actitudes y compartir su cotidiano, dudas, miedos, sexualidad... Por desgracia, parece que pocos están dispuestos a trabajar para identificar sus actitudes y privilegios, y comprometerse y asumir la responsabilidad de cambio. Es peligroso también que esos espacios les permitan victimizarse y equiparar su sufrimiento al de las mujeres.

Por lo general, ni hombres ni mujeres cuestionan sus roles de género. Es cierto que ellas, debido a la tesitura en la que se encuentran y a sus vivencias, tienen una crítica más clara al sistema patriarcal, aunque normalmente tampoco transformen sus actitudes del cotidiano. Queda mucho por hacer.

CIERRE

Sin constancia no hay frutos

Que no haya un trabajo sobre la opresión de género en nuestros espacios hace muy difícil poder responder adecuadamente a las agresiones (marcar al agresor y apoyar a la agredida), empezando por tener que explicar qué es una agresión y que no se caiga en relativizarlo todo. Prevenir las agresiones requiere un trabajo político de formación y resolución de conflictos constante. Puede tener muchas formas y tiempos, puede implicar a personas socializadas en un mismo género o ser mixto, lo que mejor se adecue a las necesidades de cada grupo o persona. También hay que aprender a comunicar nuestros límites (ya sea verbalmente o a través del lenguaje corporal), así como escucharlos y tener en cuenta los del resto (eso es el consentimiento). Crear un espacio para la comunicación es imprescindible para evitar malos entendidos, evitar traspasar los límites de las demás, no sentirte forzada a actuar como no nos apetece, etc. Prestar atención a cómo nos sentimos en cada momento, hace que podamos responder con más claridad a las situaciones de abuso patriarcal que vivimos y, sobretodo, que dejemos de normalizarlo. Los cambios no se consiguen sólo de “buenas intenciones”, si no que requieren de un trabajo de reconocimiento y superación de las propias actitudes y formas de entender las relaciones. Si en nuestros espacios reconocemos antes (y más a menudo) las agresiones, no es porque seamos peores que el resto de la sociedad, si no porque hemos hecho un buen trabajo para visibilizarlas. La resolución del conflicto que genera la agresión, no es sólo para el provecho de la agredida, es necesaria para el bienestar colectivo. La cohesión y fortaleza del grupo no está en ocultarnos nuestros puntos débiles si no en trabajarlos en común. Las muestras de solidaridad con otras personas agredidas, los posicionamientos, nos ayudan a avanzar en crear unos espacios más seguros. Esto es un llamamiento a retomar los cuidados entre nosotras.

Los momentos en caliente no son los mejores para pensar en todo esto, puesto que todas nos vemos afectadas y mantenemos una actitud defensiva y con posturas cerradas. Deberíamos hacerlo antes de que se dé una situación así, en vez de sólo abordarlo cuando ocurre, por no ser una “cuestión prioritaria”. Porque al final el trabajo sigue recayendo sólo en manos de algunas. Ellas son las “scums”, las “feminazis”, las “histéricas”, “maricas”, “bolleras” que principalmente se juntan con mujeres y repudian a los hombres. Estos sectores que trabajan el feminismo continuamente son desplazados y, muchas veces, acaban mostrándose a la defensiva. Una espiral

de actitudes destructivas que muchas veces también alimenta el antifeminismo de los grupos. Hay que romper con esas dinámicas politizando las relaciones y tratando el tema de género debidamente. Lo que no se puede pretender es que encubriendo las agresiones, la parte que más las sufre se sienta segura y a gusto en nuestros espacios. Señalar y criticar al feminismo es muy fácil cuando no tratas de posicionarte nunca.

¿Y por qué no nos preguntamos por qué algunas prefieren juntarse sólo entre ellas? No tendrá nada que ver con el baboseo, con tener que levantar la voz para que te escuchen, con tener que actuar con una coraza de seguridad y firmeza para que te tengan en cuenta, con poder expresar lo que sentimos sin barreras... Algunos dicen que vivimos en la selva, y que esto es la ley de la selva (hacerse respetar). Pero no majos, esto no es la selva, somos compañeras políticas que nos llenamos la boca con un mundo mejor y luego no somos capaces de respetar ni a la que tenemos al lado. Ya, los espacios seguros no existen, por eso tenemos que estar preparadas y no bajar la guardia ni ante un anarcofeminista, pero sí debemos empezar a construir espacios con recursos, donde sepamos que las actitudes machistas no tienen cabida, donde gocemos de un apoyo colectivo que nos haga sentirnos fuertes ante lo que pueda suceder y responder con esa tranquilidad. No esperamos que todos los varones entiendan la opresión que ejercen sobre el resto -ni siquiera la suya propia-, si no sobretudo que ellas sientan la legitimidad de defenderse ante esos ataques y sean respaldadas.

OTROS TEXTOS

Quiero que se entiendan estas aportaciones como algo más. No comparto absolutamente todos los contenidos y enfoques, pero son textos que me han ayudado a pensar en todo esto y a cuestionarme mi propio planteamiento y práctica. No alimentemos el dogma.

- *Hacia un Trans-feminismo Insurreccional*. Por algunas travolas engañosas (Distribuidora Peligrosidad Social)
- *Plantemos cara a las agresiones sexistas en los espacios liberados. Proceso de debate en el CSOA la Revoltosa (Barcelona, 2008)* (Angry Lesbians y Musica libre)
- *Tijeras para todas: textos sobre violencia machista en los movimientos sociales.*
- *Falo #1. Liberación masculina contra el patriarcado.*
- *Yo disparé a Félix Rodrigo Mora*. Comando Itinerante SCUM (Subversivas Contra la Unión de Machos)
- *R.E.I.N.A. #1 Revista Extraordinaria Invertida Naufraga Antitodo.*
- *Partes de mí que me asustan. Reflexiones personales sobre cómo superar la supremacía masculina.* Chris Crass.
- *La noviolencia es patriarcal (extracto de Cómo la noviolencia protege al estado).* Peter Gelderloos (Riots in translation y Musica Libre)
- *Espacios peligrosos. Resistencia violenta, autodefensa y lucha insurreccionalista en contra del género.* Untorelli Press (Coños como llamas y Distribuidora Peligrosidad Social).
- *Said the pot to the kettle. Feminist theory for anarchist men.* (Strangers)
- *Sobre violencia sexista en los movimientos sociales.*
- *Declaración anarkaqueer feminista contra lo políticamente correcto y las víctimas de la policía queer.*
- *Estrategias de resistencia y ataque. Pequeña historia de la resistencia feminista/queer radical desde los años 60 hasta hoy (extracto de La Società Degenerata. Teoria e practica anarcoqueer)* (Coños como llamas)
- *Lo cortés no quita lo valiente.* Cerdas agridulces.
- *Nosotras debatimos sobre violencia de género.*
- *Pieces of self. Anarchy, gender, and other thoughts.* (Wildflower)
- *Agresiones y violencia machista en el movimiento: ¿Algo ya superado?*
- *Jornades sobre agressions. Barcelona 2010.*
- *Reflexiones sobre la estigmatización de los espacios de mujeres.*